



BIBLIOTECA



## Prólogo.

---

Tenemos á la vista una preciosa colección de versos, que con el título de «OCIOS LITERARIOS» va á dar á la prensa el joven y ya laureado poeta Eusebio de la Cueva, y la cual nos ha remitido para escribir unas cuantas líneas de introducción.

Como solo se trata de unas veinte composiciones, las hemos recorrido con especial atención, gozando lo indecible, pues en ellas nos descubre su autor ser un cultivador del género clásico, no contagiado por el moderno estilo, y esto es bastante para tributarle un merecido elogio; por que la moda, que pone en ejercicio lo más ridículo, atrae como el abismo, y ha hundido en sus profundidades hasta á los pontífices del Arte, como Díaz Mirón y Urbina, mu-

cho más á los noveles forjadores de la palabra.

Eusebio de la Cueva ha sabido escapar de esa fiebre imitativa, y se atiene á los preceptos antiguos, hoy anatematizados, pero que en no lejano día volverán á enarbolar sus pendones victoriosos.

Esto no quiere decir que el autor de «OCIOS LITERARIOS» desprece el adelanto natural de la moderna escuela, acepta las formas que encuentra hermosas sin matar el ritmo ni la armonía, sin la cual no hay belleza posible.

Sus versos, desde el romance y la silva hasta la octava real y el soneto, están habilmente burilados y prestan motivo para asegurar que cuando en plena juventud y desarrollo pulse la lira de Homero ó de Tirteo, será uno de los triunfadores de la rima ó de los magistrales decoradores del Parnaso.

Por lo demás mi opinión difiere en lo absoluto de la de otros autores:

“La poesía, dicen algunos muy entendidos en achaques de lingüística, es: *“el engalanamiento de la Naturaleza por medio de la elevación del lenguaje; la expresión artística de la belleza presentada con fogoso arrebató y osadía, tales que proporcionen indefinible encanto; el Arte de hacer versos con galanura, gracia, riqueza y novedad de expresión.”*

Según otros soñadores, es: *“El canto interior; los suspiros del alma; el espíritu del Amor diluido en el cerebro de los mortales.”*

Pues yo creo y afirmo, que es simplemente una enfermedad, incurable y contagiosa por añadidura; que se adquiere de una manera espontánea ó por contacto con algún *tocado* de tal *necesidad*; y se desarrolla de rápida manera, sin que hasta la fecha se haya encontrado en la patología, remedio, antídoto ó preservativo, que con eficacia alivie ó prevenga tan *deleitabile* padecimiento.

Lo que sucede es que hay alienados que se elevan en su locura á los espacios siderales, *descuelgan* las estrellas de su sitio, y las arrojan á la tierra como lluvia luminosa y prolífica; ó bien se introducen á los jardines más bellos, encienden y subliman el color de las flores, multiplican su aroma, y esparcen los pétalos joyantes de embriagador perfume, enajenando los sentidos con ellos.

Estos son los que adquieren la enfermedad como brote espontáneo, desde que escuchan el canto con que los arrulla en la cuna la autora de sus días, ó desde que advierten que de los ojos esplende cierta luz que lleva sus claridades al cerebro, cuando se establece una corriente mag-

nética entre dos miradas puestas en contacto, por dos seres de distinto sexo.

Bienhechora, cuanto agradable, es esta locura; contagie ó nó, produce una sensación de bienestar y de encanto tan grato y tan indefinible, que arrastra tras sí las voluntades, deleita los sentidos, y hace palpar los corazones de una manera especial; con facilidad contamina, esencialmente á los seres de sentimientos delicados, de percepción fina, de gusto refinado y de imaginación ardiente.

Para conservar esta *dolencia* en toda su pureza, se necesita tener un espíritu fuerte, una alma templada al fuego del buen gusto, un acopio de sentido común: (que no es tan general como debiera serlo para justificar su nombre) y haber saboreado con deleite y fruición, á guisa de succulentos manjares y añejos vinos, las deliciosas producciones de los sabios maestros, que han dejado en sus florilegios regueros de luz, y néctar superior al escanciado por Ganimedes en los festines del Olimpo.

Peró en cambio, el otro género, el de los *apostados*, que fueron invadidos por el virus dañino, á merced de impurezas atmosféricas, de esas que producen luces fósforescentes, á semejanza de fuegos fátuos, ó como aquella que los mari-

nos llaman: *Fuego de San Telmo* y que la mayor parte de las veces es precursora de tempestad; hacen estrellas de oropel y flores de camelote, carentes de brillantez las primeras y de perfumes las segundas, pero así y todo alucinan á los aficionados á las extravagancias, y difunden su hálito infeccioso, tan tremendamente dañino, que deja á sus criaturas raquílicas y endebles, y con más laceraciones que si hubieran sido víctimas de viruela maligna ó de lepra nipona.

Peró como cubren sus llagas con oropel, y se visten de colores tan abigarrados como llamativos, hacen caza de incautos, que resultan incorregibles. No reparten estrellas sino guijarros, ni exhalan perfumes, que inodoras son sus flores cuando no mal olientes, pero así y todo, llevan desplegado su banderín, y al guirigay de su palabrería engavillan catecúmenos que les superan pronto aventajándolos en sus disparatadas lucubraciones.

*Modernistas* se apodan los más modestos. *Decadentes* los llaman los que no aceptan sus principios, desconocen sus medios y ven con desdén sus fines; pero los maestros de esa escuela, sus apóstoles y mantenedores se dicen *Simbolistas*, afirmando, (lo cual yo no pongo en duda) que cada una de sus obras encierra un símbolo que

no está al alcance de la genticilla de pocos alientos; que ellos lo ven, les bulle en el cerebro y toma gigantescas formas en su fantasía. Son, pues, sus producciones, brillantes de valor inestimable, encerrados en el cuarzo que les sirve de madre y á través del cual, los ilusos los ven como si fueran iluminados por los rayos X, poniendo cuidado especial en que queden velados para los ignorantes. Ant. argumento tan contundente me abismo, conozco mi pequeñez, me condu lo de mi ignorancia y vuelvo los ojos á los poetas caritativos que escriben para los plebeyos.

Me dí de jóven un hartazgo de Homero y de Virgilio, de Anacreonte y de Tirteo, de Garcilaso y de Argensola, de Bretón y Campoamor, de Nuñez de Arce y de Velarde; y por amor al terruño leí con delicia desde el insigne dramaturgo Don. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz, que marcan el derrotero del Arte y toda esa Vía Lactea que constela el cielo de México, hasta el *Duque Job* y el *Cantor del Hogar*; heraldos de esa falange en que descuellan los nombres de Manuel Acuña, de Agustín F. Cuenca, de Manuel José Othón, y una nutridísima muchedumbre de locos sublimes que han dejado un rastro de luz á su paso por el planeta.

Los otros, los novadores, los simbolistas, los que llevan indigestión de léxico, han hecho un revoltijo con las rimbombantes frases de Verlaine y de Baudelaire, de Rubén Darío y de Vargas Vila; y sirven á guisa de pastel de navidad su ensaladilla *científica* que con todo y ser lumínica hasta lo inverosímil, no ha podido introducir sus claridades á mi obtusa inteligencia; es por eso que cuando veo á uno de esos genios incomprendidos, llevando sobre los hombros el deslumbrador cargamento de sus bellezas, me paro abismado, abro desmesuradamente los ojos, detengo la respiración y comienzo á caminar de espaldas hasta que llego á la primera esquina que me proporciona escape, y luego parto á carrera tendida, hasta que me encuentro á salvo, pues se me figura que si descarga sobre mi endeble humanidad una de las rocas ponderosas que contienen en su seno deslumbradores brillantes, ni contemplaré jamás su divina lucidez, ni saldré mejor librado que si me cayera un vil adoquín.

Yo respeto á los que escriben misteriosas exquisiteces de maravillas desconocidas y solo gratas á los privilegiados, pero amo á los vencedores de las multitudes, á los que llevan al corazón sus desaliñadas palabras y conmueven las fibras

del sentimiento, á los que arrancan lágrimas ó exclamaciones jubilosas de entusiasmo: á los que recita el pueblo con regocijo y alegría; á los que viven en el corazón de las multitudes la vida de la inmortalidad; amo á todos aquellos que como el sublime soñador Heine, han producido versos que son el popular estribillo de los hijos de Alemania; que como Berenger, lo mismo hacían rebosar la risa en los labios de los franceses que encendían sus espíritus para la lucha; á los que han descendido como Byron de su noble estirpe para confundirse con el pueblo inglés, sin temor á las persecuciones de la nobleza ni á las amarguras de la ausencia, para volver más tarde, con el beso de la muerte sobre sus labios, envueltos en el aura popular.

Amo á los que como Zorrilla, el incorrecto Zorrilla, sin embargo de sus atrevimientos y sus descuidos, desgranando las perlas de su guzla berberisca, encantaba con el ritmo de sus estrofas, y aún hoy seduce con la riqueza de sus imágenes, que dejan en los labios sabor á miel de abeja cuando se han gustado sus filigranas; á los que como Nuñez de Arce y Velarde sin misterios ni símbolos, conmueven el corazón de sus lectores; y concentrandonos á lo nuestro: á los que como Juan de Dios Peza, como Manuel Acuña

y como el viejo adalid de la *Musa Callejera*, siendo los amigos de las multitudes, el regocijo de los hogares y el orgullo de las letras patrias, lograron hacer latir sus obras en lo más sensible del corazón del pueblo.

Pues bien, en el jóven Eusebio de la Cueva, que aún no llega á cumplir los veinte años, me encontré un devoto de los autores que yo amo, un soñador que va por el camino verdadero del Arte, un sembrador en terreno propicio, un enfermo de ese mal incurable, que tantos beneficios ha reportado á la humanidad. No ha llegado á cumplir veinte años, he dicho antes, y hace tres, cuando el maestro, el preceptista literario, Dr. Don Rafael Garza Cantú, preparaba su tributo para contribuir á la celebración del Centenario de la Independencia, decía de este, entonces adolescente escritor, después de citar varios fragmentos de algunas de sus más selectas poesías: "Tal vez nos hayamos extendido más de lo que permitía la exigüidad del espacio de que disponemos en esta obra, para tratar á uno de sus novelés representantes; pero creemos augurar en él á una de las futuras glorias de nuestras letras, si las demás condiciones, entre ellas la de aplicación probable, á quien tiene vocación tan decidida, se cumplen sin tropiezo en el es-

pacio y en el tiempo. No hemos querido, así, individualizar bellezas, ni enunciar lunares, por otra parte bien explicables, dada la poca versación en quien ha puesto apenas los cimientos del edificio de su cultura, y el desarrollo de su número poético. Dejamos á la reflexión de los aficionados y de los más competentes, saborear bellezas y convencerse con el propio criterio de que hay en esas selectas composiciones citadas algo más que ocios y pasatiempos de un adolescente de rica y viva imaginación y exquisita y fina sensibilidad, sino algo que solo podemos expresar con la palabra que resume todo ese *pensar alto y sentir hondo* en que consiste la poesía: *Inspiración.*"

No puede ser más exacto, más recto ni más preciso el juicio emitido por el maestro, respecto del joven Eusebio de la Cueva, cuya lira se robustece al paso que avanza en el camino de la vida.

Como los antiguos paladines de la edad de oro, cristiano de origen, soñador de corazón abierto á todo sentimiento generoso, entona sus cantares entusiastas por su Dios, por su Patria y por su Dama, y se advierte el perfeccionamiento que va adquiriendo cada día, en la firmeza de sus estrofas, en la belleza de sus imáge-

nes y en lo rotundo de sus metáforas, frecuentemente usadas para dar colorido brillante á sus composiciones. Véase sinó la belleza de "La Fé Cristiana," que no hace mucho fué premiada en un concurso literario. El que como Eusebio de la Cueva maneja la rima á tan escasa edad es una gratísima esperanza para el Arte, que está muy cerca de convertirse en una hermosa realidad.

No es este volúmen todo lo que hasta hoy ha producido su fecunda inspiración, y está llamado á ocupar un excelente lugar en el Parnaso, si no tuerce sus inclinaciones y sigue como hasta aquí por la senda recta de la pulcritud y del buen decir, que es por el único camino por donde puede llegarse al triunfo legítimo y á la victoria duradera

RAPHAEL NAJERA.